

Las cenizas del cóndor, ¿arderán por siempre?



LUIS CORREA AYDO¹

Intentaré en este trabajo realizar algunas reflexiones enmarcadas en el psicoanálisis sobre el tema de la violencia, sus efectos traumáticos y la posibilidad o no de superarlos a nivel social, a partir de la novela *Las cenizas del cóndor*, del escritor uruguayo contemporáneo Fernando Butazzoni (2014).

LITERATURA Y PSICOANÁLISIS

Antes de iniciar el recorrido propuesto debo hacer algunas precisiones. Me cuento entre los que *no* creen que la literatura sea un campo de aplicación del psicoanálisis, sino un instrumento para conocer mejor la insondable subjetividad humana. Y tal vez también una herramienta para cambiar el mundo. Tiene pues, con el psicoanálisis, esos dos objetivos comunes: saber y transformar; pero ambos lo hacen por caminos independientes. Subordinar uno al otro solo puede significar hacer mala literatura o mal psicoanálisis. Huiremos pues de las clásicas observaciones acerca de lo que «quiso decir» el autor, o de los elementos personales que lo motivaron a escribir sobre un tema. No obstante, es indudable que la literatura es un canal privilegiado para investigar la subjetividad, sobre todo por el efecto que produce en el lector. En ese sentido, puede sostenerse que el Complejo de Edipo como teorización psicológica no proviene de la obra

1 Miembro Habilitante de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica. lcorreay@gmail.com

del autor Sófocles, sino de la mente del lector Freud, que reflexiona sobre su propia neurosis a la vez que se siente fascinado por la lectura de *Edipo rey* (Freud, 1897, p. 307).

Acompañamos la postura de Edmundo Gómez Mango (2005), quien sostiene que la zona común entre el psicoanálisis y la literatura tiene que ver más con la temática humana que con el modo como la aborda cada uno. Desde esa posición ha propuesto una relación entre ambos campos disciplinares, sobre la que dice: «... más allá de la «aplicación» de un método a un objeto, más que de la «exportación» de un sistema de pensamiento a otro, lo que me parece fecundo, y siempre actual, es tratar de entrevistar lo que ambas actividades, la literaria y la psicoanalítica parecerían mirar juntas, en una misma dirección», «Más que de «aplicación», la relación de la palabra poética y el psicoanálisis me aparece como fundadora.» (Gómez Mango, 2005, p. 319)

En consecuencia, invirtiendo el sentido de la postulación de un psicoanálisis aplicado a la literatura, proponemos un camino inverso en tanto intentamos una literatura aplicada al psicoanálisis. Seguimos en esto a Pierre Bayard, quien plantea su metodología a través de la pregunta: «¿Cuál es la originalidad que la obra de tal autor, si se toman en serio las formulaciones que propone sin tratar de hacerlas coincidir con las teorías conocidas, está en condiciones de aportarnos en el terreno de la psicología?» (Bayard, 2009, p. 45). Este mismo autor sostiene además que, desde el punto de vista de la psicología, los grandes autores lo son porque, ya sea a través de la observación o la autoobservación, son capaces de suponer una formulación organizada del mundo mental. Y esto es así porque alguien que se ha dado a sí mismo el oficio de narrar, expresar y describir sus estados de ánimo o los de sus personajes; necesariamente habrá producido alguna reflexión sobre la memoria, el deseo, el duelo, las relaciones humanas (Bayard, 2009, p. 51). El psicoanálisis es tal vez el mejor ejemplo de cómo pueden las teorías psicológicas servirse de ese material para sistematizarlo con un enfoque científico. Pero el lector común, no psicoanalista, puede también hallar en algunas de las obras que lee, ecos de sus propias vivencias o, a veces, moldes que parecen preparados para vaciar sus contenidos emocionales más tormentosos y desestructurados. El propio Freud da cuenta de esa experiencia: «A nosotros, los legos, siempre nos intrigó po-

derosamente averiguar de dónde esa maravillosa personalidad, el poeta, toma sus materiales [...], y cómo logra conmovernos con ellos, provocar en nosotros unas excitaciones de las que quizá ni siquiera nos creíamos capaces.» (Freud, 1908[1907], p. 127).

UNA EXPERIENCIA DE LECTURA

Por todo lo dicho, remarcamos que no nos proponemos una disección explicativa de la novela, sino reflexionar sobre una experiencia de lectura. Una lectura sobre hechos que este lector puede referir a momentos de su propia vida. Una experiencia que lo ha conmovido y le ha causado admiración. Y también gratitud. Hace falta mucho coraje intelectual, y por qué no, del otro también, para emprender la escritura de una novela como esta. Obra testimonial de un periodista que, sin embargo, hace literatura y no crónica, distinguiendo las reglas de los dos oficios. Es como escritor que Butazzoni le concede a la imaginación sus potestades; como el paleontólogo reconstruye el esqueleto entero a partir de algunos huesos que han desafiado a los siglos². Algunos hechos de la realidad que se han filtrado al silencio criminal de los opresores, son aquí, valga especialmente la metáfora, los huesos a partir de los cuales el novelista construye su relato. No intentaré formular una ontología del arte, pero desde las imágenes en las paredes de las cavernas, la relación entre el mundo y su representación, ha seguido una dialéctica compleja donde ambos se van modificado mutuamente. Es decir: no todo lo que se nos relata en esta novela sucedió tal cual se cuenta, pero los hechos reales y documentados³ que sustentan la

- 2 La pieza original de la que el autor dice nació la novela es la palabra «hijo» que su mujer señala en el esquema que Butazzoni periodista hace con la transcripción de la difícil primera entrevista que sostuvo con la protagonista, Natalia-Aurora (O.C. pp. 192 y 198).
- 3 En el epílogo de la obra *Después de las cenizas* (O.C. pp. 751 y siguientes.), Butazzoni hace la lista de los numerosos documentos consultados y testimonios recogidos para escribir esta novela. La investigación abarca desde memorias de agentes del KGB hasta una entrevista inverosímil en un pueblito perdido de Venezuela. Los archivos que componen ese respaldo documental son más de veinte, y corresponden a seis países diferentes. También da cuenta, en esa nota final, que hasta los personajes fruto de su imaginación, como Juana, la mujer del rifle, se inspiran en personas reales, ignorados protagonistas de una historia reciente, aún por contarse.

narración son suficientemente consistentes como para sostener un efecto de verdad. Una verdad que agradecemos, porque nuestras sociedades necesitan reconocerse en ella, más allá de los fuegos del odio, de la impotencia por la denegación de justicia, de las explicaciones que simplifican la historia al servicio de ciertos intereses políticos.

Pero aún más, la gratitud hacia el autor no se agota en reconocer que haya sido capaz de afrontar los desafíos éticos y estéticos que comporta su obra. También es de agradecer que, sin la falsedad de una neutralidad imposible, la novela se aparte del panfleto, de la simplificación ideológica, de la construcción esquemática de buenos y malos. Los asesinos, violadores y torturadores, sin dejar de ser lo que la Historia para siempre ha señalado que son, también son captados aquí en toda su perversa humanidad, en un enfoque que nos recuerda que repudiar al monstruo, como si fuera de otra especie o de otro planeta, lo único que hace es dejarnos librados a nuestro propio estupor y rabia impotente. Y, por supuesto, expuestos a que la historia se repita. Si algo hemos aprendido de Freud los psicoanalistas, es que no sirve de nada detenerse ante las puertas del infierno, solo imaginando lo que hay allí dentro. Conocer, entender, aceptar la complejidad de la condición humana y atreverse a investigarla, son las llaves que nos pueden librar de las servidumbres, aliviar el *pathos* inherente a la existencia humana, tan complejo en los medios como simple en las metas. Esto que vale en el plano personal, si habláramos del cambio psíquico al que apunta el proceso terapéutico, creemos que vale también en el plano colectivo. El paciente rehistoriza su biografía para desligarse de la repetición infinita de sus síntomas. Del mismo modo, las sociedades humanas, más allá de la memoria y los olvidos, necesitan comprender sus procesos para no quedar sujetas al ciclo de ilusiones idealizadas y horrores tangibles. Y esto, me animo a decir, es más importante aún que el castigo a los culpables. Hay algunos pocos que están presos, pagando a medias por los horrores perpetrados. Otros con responsabilidades parecidas están libres y eso resulta perturbador. Pero más estremece la convicción de que si las condiciones se dieran, otros como ellos, hoy totalmente libres y a la luz, ocuparían el mismo lugar siniestro que ellos ocuparon. Como dice Marcelo Viñar: «El pasado precursor es complejo y atravesar sus enseñanzas deja muchas áreas de ignorancia acerca del manejo de la destructividad

humana.» (Viñar, 2019, Seminario *Brecha* n.º 1743). La novela que aquí nos convoca colabora a rellenar esas lagunas, porque además de estar llena de acción, de personajes inolvidables y escenas de feroz patetismo (es decir, de ser muy buena como novela), se acerca a sus personajes, especialmente a los femeninos, mostrando pliegues insospechados: Aurora se mete en la guerrilla más por amor que por ideología, Juana la ayuda a cruzar la cordillera sobre todo por solidaridad femenina, Katia se olvida que su deber es ser una pieza en el ajedrez global, para arriesgarlo todo por una sola persona...

ALGO MÁS QUE UNA NOVELA HISTÓRICA

Voy a referirme ahora a algunos aspectos de esta novela que me han interesado particularmente. Fue en la segunda lectura de la misma, la que hice para escribir este trabajo, que advertí un detalle del relato que se me había escapado en primera instancia. Cuando el libro llegó a mis manos la primera vez, bastó que leyera la contratapa para saber que tenía al menos un punto de contacto con una novela anterior del mismo autor, *El tigre y la nieve* (Butazzoni, 1986): la relación sentimental entre un militar y una prisionera. Un tema perturbador sin dudas, que incomoda de entrada a quien siente inclinadas sus simpatías hacia el lado de los vencidos. Pero en la relectura de *Las cenizas...* encontré una confesión reveladora de Ricardo-Juan Carlos, el joven que a diez años del suicidio de su padre adoptivo, el militar Manuel Docampo, intenta dejar atrás una década de «temor y remordimiento», pone en marcha la investigación del periodista y a la vez siembra el germen de la novela. Cuando Fernando-protagonista le pregunta por qué lo ha elegido a él para entregarle el cassette en el que el Capitán suicida deja grabada su confesión, le dice:

—Usted escribe novelas... Yo leí *El tigre y la nieve*. Algún día podrá contar también toda esta verdad (Butazzoni, 2014, p. 56).

Una vez más comprobamos hasta dónde la literatura puede introducir cambios en la realidad. Y es curioso que lo que se espera de la novela, en palabras de Juan Carlos, sea contar *la verdad*, o sea algo que parece opuesto a su naturaleza ficcional. Ahora, si bien la escritura de la primera novela condiciona a la segunda, obviamente esto no ocurre mecánicamente, sin

que el autor tome la decisión de volver al tema. ¿Por qué lo hace? Al respecto Fernando Butazzoni ha dicho:⁴

Desde hace más de treinta años lo que hago, con algún paréntesis, es investigar y escribir sobre asesinatos... En mi caso no desde la novela negra, policial o como se la quiera llamar, sino desde la memoria política. He tratado de ser un testigo y un narrador de esa violencia... porque me parece importante sostener un lugar que tiende a oscurecerse siempre... En ese ámbito, la «resistencia» es una clave del análisis de la violencia. Muchas veces me he preguntado qué significa resistir. Quiénes son o fueron resistentes, en qué consiste haber resistido, cómo se manifestó esa actitud. Y me he preguntado si nosotros, «testigos no íntegros» (como dice Agamben) podemos entender esas resistencias, y las consecuencias de las mismas. (Butazzoni, 2019, mail personal)

Es interesante la referencia a Giorgio Agamben, quien ha sostenido que la palabra del «testigo no íntegro» no tiene el valor de comunicar los hechos, sino de comunicar que los hechos no se pueden comunicar (Bilder, 2013). El testigo integral, el que ha pasado por toda la peripecia del horror, del campo de concentración, del centro de tortura, o está muerto o ha sobrevivido a una experiencia que no puede ser aprehendida totalmente por el lenguaje. Y, sin embargo, como en el proceso analítico, el novelista —«testigo no íntegro»— lucha por atar al símbolo, al significado que se escabulle.

Compartiendo este posicionamiento con el autor, este lector cree, además, que el trauma histórico del terrorismo de Estado no podría ser reparado por ninguna justicia humana, aunque hubiera existido la voluntad política de intentarlo. Decir esto no significa ninguna renuncia al derecho de exigir verdad y justicia. Y no solo reconociéndoselo, como a veces se dice, a los deudos de los desaparecidos o a las víctimas directas del robo de identidad. Pensar así es privatizar la ética y desconocer que es *la comunidad toda* la agraviada por la desmesura de esos crímenes. Pero considero

4 Mail personal enviado por Fernando Butazzoni el 1º de abril de 2019.

que hasta en la hipótesis de un funcionamiento pleno del orden jurídico, aún las penas más severas se hubieran quedado muy por debajo del daño ocasionado. Tampoco se trata de conceder por anticipado ningún perdón a quienes ni siquiera se arrepienten de sus acciones⁵. Y menos considerar los acontecimientos desde la perspectiva de una lógica de enfrentamiento entre dos bandos, la llamada «teoría de los dos demonios», que olvida que la responsabilidad del Estado, como expresión política de toda la ciudadanía, es mayor que la de cualquier agrupamiento partidario por violento o disolvente que pudiera ser, ya que atenerse a sus propias reglas —las del Estado— es la fuente de su legitimidad.

¿Y entonces qué camino tomar? Sin dudas no el de las generalizaciones surgidas de la ideología. Hay que tomarse el trabajo de entrar en los detalles, en las complejidades de las vidas reales que están detrás de la imagen de los héroes, de las víctimas, de los criminales. Eso es lo que debemos hacer los psicoanalistas con nuestras herramientas. Y eso hace esta novela con las armas de la literatura. Construida como un mosaico, sus capítulos, por lo general breves, van siguiendo a los diferentes personajes en dos épocas distintas (el tiempo de la historia a narrar y el *a-posteriori* de la reconstrucción de los sucesos). Estas historias personales se entremezclan y se determinan mutuamente, a veces por azares o imprevistos y otras veces como consecuencia de decisiones, siempre tomadas en un contexto de incertidumbre moral. Centrémonos en el personaje de Natalia. ¿Puede una militante política veinteañera, cuyo compañero chileno ha sido masacrado en los comienzos de la dictadura de Pinochet, sentir amor por un militar uruguayo que forma parte del mismo esquema represivo? ¿Puede criar a un hijo del fallecido, que muere sin saber que iba a ser padre, como si el niño fuera hijo del Capitán uruguayo? ¿Qué pensar de que esta verdad no le sea revelada al propio hijo, aun cuando este ha alcanzado la mayoría de edad? Para contestar estas preguntas habría que *ser* Natalia; es decir: huir despavorida de un refugio clandestino en un

5 Al escribir una primera versión de este trabajo, el conocido represor José Gavazzo declaró en un reportaje realizado por Paula Barquet en la edición del diario *El País* del 5 de mayo de 2019, que no cambiaría cien años de cárcel por un pedido de perdón que no cree que deba realizar.

suburbio de Santiago cercado por la DINA y ser la única sobreviviente, descubrir de manera indudable que está embarazada mientras zumban las balas, cruzar a caballo y a pie la cordillera de los Andes en los comienzos del invierno para ser apresada en la Argentina y caer, sin esperanza de salvación en la más horrible sala de torturas del Buenos Aires de la triple A. El capitán uruguayo Manuel Do Campo, en misión oficial en Buenos Aires, logra salvarla y salvar al hijo que lleva en sus entrañas, ayudado por una espía rusa y corriendo riesgos que no se fundan en ninguna convicción ideológica, ya que en todo lo demás sigue siendo una pieza del régimen del terror. ¿Basta eso para reparar, para perdonar, para agradecer, para quererlo...? A usted lector, a mí, tal vez no, pero usted y yo no somos Natalia. Un abismo existencial nos separa de ella, testigo íntegro de esta historia. Butazzoni se aproxima todo lo posible a los bordes de esa brecha sin sutura posible. Y logra, con una piedad por su personaje que en nuestras letras solo conozco en Paco Espínola, darnos una idea de todo lo que los seres humanos pueden resistir al servicio de cumplir con lo que Freud decía era tarea primordial del ser vivo: sobrevivir (Freud, 1919). Y que se silencien los juicios morales de quienes no han tenido las manos en el fuego. Admiramos el coraje del torturado que mantuvo la boca cerrada: me honré con la amistad de uno de ellos que pagó su heroísmo con una muerte prematura. Pero, ¿quién puede juzgar al que fue quebrado por la asfixia, por los golpes, por las quemaduras de la picana, por la violación..., al que no pudo enloquecerse temporalmente para resistir más allá de la locura de la cárcel y sucumbió al cáncer o al suicidio?

EL OTRO COMO ENEMIGO

Las cenizas del cóndor nos sitúa de una manera muy original frente a las dicotomías político-ideológicas que, forjadas en el pasado reciente, aún influyen en el clima social de nuestros días. La metáfora del título remite al fuego de los enfrentamientos y al infierno del terrorismo de estado. La primera literatura conocida, la épica, nació para narrar la grandeza de los guerreros. Obviamente no podía haber nada de grandeza épica en un relato sobre la sordidez de la represión que fue planeada y ejecutada bajo el nombre del cóndor. Pero, a pesar de su extrema crudeza, el relato elude

colocar al lector en un estado de violencia subjetiva. No simplifica las acciones de sus protagonistas y a pesar de los horrores que todos viven y algunos producen, la novela deja siempre margen para reflexionar sobre la complejidad de las motivaciones conscientes e inconscientes de los actos humanos. Por eso permite pensar qué cosa es un enemigo, y cómo se transforma en tal ese mismo que en otras condiciones históricas podría ser nuestro semejante. Tomemos un pequeño desvío para entender mejor este asunto.

La reacción orgánica a las situaciones de estrés agudo (*arousal* o excitación), manifestada a través de acciones de lucha o huida, es quizás el mecanismo evolutivo que está en la base de nuestra relación problemática con los otros. Es necesario subrayar que, si bien es un mecanismo condicionado por el sustrato bioquímico, su inicio es psicógeno, ya que se pone en marcha en función de una evaluación de riesgo que incluye desde muy temprano elementos de aprendizaje. Es un mecanismo compartido con muchas especies de vertebrados y aún de otros animales menos complejos, que parece resultar conveniente para preservar la vida ante la amenaza de predadores o de otros animales que disputan un territorio, o el uso de sus recursos (Mackal, 1979).

Por otra parte, nuestra especie, como en general las de otros mamíferos y especialmente los primates, tiene desde sus orígenes evolutivos un marcado funcionamiento social que privilegia los vínculos de cooperación y de afecto y en general tiende a la protección de los individuos que no han alcanzado la adultez. Por supuesto que, tal como podemos observar en muchas especies cercanas, esta convivencia tiene sus reglas y jerarquías, en el mantenimiento de las cuales la violencia se expresa constantemente, siguiendo los patrones de la reacción ataque-huida. Pero, en general, estas expresiones de violencia apuntan a la sustentación de la estructura del grupo, por lo que en condiciones de estabilidad ecológica no compromete la vida de los más débiles, más allá de mantener su sometimiento. La célebre expresión de Hobbes acerca de que «el hombre es el lobo del hombre» no podría ser más injusta hacia los lobos, quienes resuelven sus disputas de liderazgo y sus conflictos reproductivos con peleas que concluyen con las señales de sumisión del derrotado. Parece que al lobo triunfante, una vez establecido el dominio, no le interesa terminar con la vida de un congénere

con quien en otro momento tal vez comparta las sofisticadas estrategias de caza grupal de su especie (Sanmartín, 2002)

Es decir que entre los animales, cuando se enfrentan individuos de la misma especie, normalmente basta la extinción de la amenaza para que el más fuerte renuncie a continuar con la agresión, mientras que en el ser humano esta inhibición de la agresión está condicionada por factores aprendidos de tipo cultural, especialmente los sistemas de creencias. Y estas creencias pueden desatar un odio destructivo capaz de causar el aniquilamiento del otro sin una mayor ganancia visible, como el restablecimiento del orden o la reparación de un daño previo. Es como si, a diferencia de lo que ocurre en el mundo animal, el enemigo no fuera reconocido como parte de la misma especie. Preguntarse por qué el ser humano es capaz de sobrepasar esa necesidad funcional en el uso de la violencia, nos remite enseguida al ámbito de la filosofía. Y entre los aspectos más inquietantes a los que puede llevarnos esa reflexión es interrogarnos si no será justamente ese desborde de lo pulsional lo que nos caracteriza y nos ha otorgado, mal que nos pese, el lugar que ocupamos en el mundo. Nos hacemos cargo de que la idea de que lo específicamente humano no se debe a la capacidad para dominar la pulsión, como lo postulan todas las corrientes espiritualistas, sino a las dificultades para controlar y encauzar su exceso, derivamos del pensamiento freudiano una paradoja que no está formulada de ese modo en sus obras. Pero estamos dispuestos a sostener que está implícita en algunas de ellas y especialmente en *El malestar en la cultura*. André Green parece advertir esto mismo cuando se refiere al posicionamiento anti espiritualista de Freud: «Las tesis de Freud combaten esa concepción. Ante todo, porque el hombre representa una continuidad del linaje animal. Y cuando se lo compara con el animal, aparece mucho más investido por los datos pulsionales, porque la diferencia entre el instinto y las pulsiones enriquece a estas con todos los recursos de la astucia y la inteligencia puesta al servicio de sus metas» (Green 2014, p. 156, subrayado nuestro).

Recordemos entonces que el psicoanálisis ha sostenido siempre que las pulsiones humanas se diferencian de los instintos de los animales en su magnitud y empleo. Si pensamos en las pulsiones libidinales, por ejemplo, frente a la mayoría de las especies que cuentan con periodos regulares de disponibilidad sexual, el ser humano, desbordando la función reproduc-

tiva, puede experimentar la atracción sexual en todo tiempo y bajo las formas más variadas. Lo mismo ocurre con las pulsiones destructivas. Sobrepasan en mucho los sistemas de ataque y defensa que le permiten al resto de las especies obtener presas o huir de los depredadores. Solo el ser humano es capaz de crueldad, de ejercer la agresión sin finalidad asociada a la autoconservación. Freud, desde los comienzos de su trabajo, extrajo del exceso pulsional libidinal su teoría sobre el psiquismo individual y su entendimiento de la patología neurótica. Sobre el final de su obra avanzó bastante por el camino de entender algunos de los problemas de la sociabilidad a partir del plus de agresión humana, que llegó a definir como pulsión de muerte. Podemos pensar que, al igual que la idealización libidinizada de los padres o sus sucedáneos nos protege del sentimiento de indefensión, la destructividad humana está al servicio también de evitarnos reconocer la fragilidad inherente a nuestra condición. De ese modo, la ilusión del enemigo a derrotar, del competidor a vencer, o del rival a desplazar permite circunscribir a un ámbito exterior al yo, la sensación de amenaza. Reprimida la idea de que el desamparo, la enfermedad, el dolor y la muerte acaecen por obra de circunstancias que no podemos dominar, solo queda proyectar en algo o alguien —«otro»— la causa de esos sufrimientos. En un extremo, este mecanismo llega a la construcción de la figura del enemigo, lo cual acarrea dos consecuencias. En el plano personal, le permite al sujeto expulsar de sí y proyectar en el otro, anómalo o monstruoso, los contenidos inconscientes destructivos y transgresores. Y en el plano cultural, circunscribe las agrupaciones humanas (etnias, naciones, creencias...) y las clasifica según los mismos mecanismos, produciendo afiliaciones opuestas y organizando los diferentes sistemas de confrontación, desde los más civilizados, como el debate de ideas, a los más violentos, como las guerras. Cuando desde un grupo, en alguna circunstancia histórica particular, se puede culpar a otro grupo de algo amenazante o injurioso que otorgue excusa a la violencia, la intensidad y profundidad del proceso de construcción previa del enemigo-monstruo, da la medida de todo el odio destructivo que se puede desencadenar. De este modo, la patología social da soporte a la patología individual, y se permiten, se toleran o se incentivan conductas que en circunstancias «normales» serían consideradas criminales. Pero ese modo de funcionamiento social tiene sus fallas

y no siempre es fácil establecer la frontera y definir el campo de combate, sobre todo cuando se observa de cerca a los individuos, trascendiendo la consideración de lo masivo. La coexistencia, en las mismas personas, de rasgos de personalidad que desearíamos fueran incompatibles entre sí es muy perturbadora.

Luego de estas rápidas consideraciones teóricas volvamos a la novela para detenernos en una escena que ilustra justamente lo que venimos diciendo. Cuando el narrador protagonista obtiene el permiso de la viuda para inspeccionar el estudio del capitán Docampo, observa con detenimiento y sorpresa sus objetos personales, especialmente las fotos y los libros.

En cierto sentido, quizá, era probable que esa habitación guardara varios secretos, no solo de los fatídicos momentos que precedieron al suicidio del excapitán... El tipo debió ser un padre cariñoso, y también un esposo amable. Por lo que podía observarse a simple vista, era un lector refinado, o por lo menos un buen coleccionista de títulos. Y muy probablemente además, un eficaz torturador y un asesino.

Me estremecí, porque intuí que el gesto de Aurora no era inocente. Ella me había permitido asomarme al cerebro y al corazón de un hombre de nuestro pasado más siniestro, aquel que ni siquiera ahora – treinta años después – éramos capaces de mirar sin aprensión (Butazzoni, 2014, p. 427).

La perplejidad del narrador se debe a que, en el fondo, se resiste a la posibilidad de llegar a entender conductas humanas que rechaza tan profundamente. Solo a través de una desidentificación radical con el horror, nos sostenemos ante él sin entregarnos a sus leyes. Parece que únicamente podemos lidiar con la existencia del mal cuando lo segregamos totalmente de lo que aceptamos como propio de nuestra condición humana. Pero no puede perderse de vista que es exactamente ese el proceso con el que se montan los centros de tortura y los campos de concentración. Resulta imposible para el hombre una mirada como la de Dios, que mira todo y comprende todo. La dialéctica próximo-extraño nos envuelve y, a veces, nos ahoga.

De esa manera, la propia cultura que nos ha permitido llegar a las puertas del Olimpo convertidos, gracias a la tecnología, en los dioses protésicos de los que Freud habla en *El Malestar en la Cultura* (Freud, 1930, p.

90), ha generado una necesidad que nos parece hartamente primitiva de dividir el significado de la realidad del otro en términos opuestos: semejante o enemigo, tal como se interrogaba el título de un estupendo volumen que compiló Marcelo Viñar (Viñar et al., 1998). De manera análoga al modo como la realidad interna es percibida en términos de conflicto psíquico, la realidad externa, el mundo y los otros, son vistos también según un esquema dialéctico. Dioses buenos y dioses malos o demonios, santos y poseídos, conforman los sistemas de creencias con los que las religiones articulan la subjetividad e intentan controlar la conducta de los individuos y la marcha de las sociedades. Tomando ese mismo lenguaje, Freud sintetiza la historia de la cultura humana:

Y ahora, yo creo, ha dejado de resultarnos oscuro el sentido del desarrollo cultural. Tiene que enseñarnos la lucha entre Eros y Muerte, pulsión de vida y pulsión de destrucción, tal como se consume en la especie humana. Esta lucha es el contenido esencial de la vida en general, y por eso el desarrollo cultural puede caracterizarse sucintamente como la lucha por la vida de la especie humana. ¡Y esta es la gigantomaquia que nuestras niñas pretenden apaciguar con el «arroró del cielo»! (Freud, 1930, p. 118).

Sin entrar en la cuestión sobre si el psicoanálisis comporta una postura pesimista o no sobre el destino de la humanidad, cabe preguntarse sobre el desenlace de ese combate cósmico. Hay quienes, como Green, creen que la cultura «lejos de conseguir humanizar al hombre, fracasa en la mayoría de las ocasiones» (Green, 2014, p. 156), y que, en consecuencia, la obra de desilusión sistemática que Freud comenzó con el descubrimiento del inconsciente culminaría en el plano colectivo con su demostración de que ‘«las normas que nosotros mismos hemos creado no nos protegen y nos benefician a todos» (Freud, 1930, p. 85).

Otros autores dentro del campo psicoanalítico piensan que el mayor mérito del psicoanálisis es que, sin desligarse de la biología, muestra a lo humano como un «modelo para armar», como un proceso capaz de construirse a sí mismo y del que, por lo tanto, no está dicha nunca la última palabra. Quienes sostienen esta posición no descartan que, superada la acotada perspectiva con la que los seres humanos suelen medir la

historia a partir de su propia condición mortal, pueda advertirse un lenta pero definida acción civilizatoria por la cual los aspectos libidinizados en los lazos interpersonales podrían ir adquiriendo mayor protagonismo y amplitud, afectando de manera cohesiva a círculos cada vez más amplios (Naijmanovich, 2019). Tomamos acá el concepto de *trabajo de cultura* (*Kulturarbeit*) introducido por N. Zaltzman (2007), según el cual es posible identificar procesos de elaboración que son a la vez intrapsíquicos y transindividuales y que, en consecuencia, afectan al desarrollo del sujeto, pero también y simultáneamente a la evolución de los grupos humanos. Es necesario aceptar que un proceso de esa naturaleza es difícil de identificar desde la escala temporal humana individual, pero puede suponérselo, por ejemplo, en el modo como un patrón de comportamiento de base biológica como el tabú del incesto se fue transcribiendo en un paradigma cultural como el complejo de Edipo. Y a veces, en ciertas coyunturas especiales, se podría asistir a un momento de salto cualitativo en ese proceso de trabajo de cultura. La escala planetaria de nuestra historia humana y la interconexión de su proceso con el equilibrio de la naturaleza son, al fin de cuentas, descubrimientos bastante recientes que pueden abrir nuevas perspectivas para la evolución futura de la humanidad.

Esta clase de procesos solo puede tener lugar por la vía del ideal del yo, como introyección de valores y prácticas de convivencia que requieren como precondition la posibilidad del reconocimiento intersubjetivo. En esta posición destacan algunas psicoanalistas y feministas como Jessica Benjamin (1996) y Nancy Chodorow (2003), quienes hacen una crítica rigurosa sobre la ideología de la civilización occidental y logran develar que muchos de nuestros «supuestos básicos» en materia de género, dominación y violencia, han sido tan eficaces como carentes de fundamento, incluyendo, por supuesto, a una parte del andamiaje teórico del propio psicoanálisis.

Así, por ejemplo, la psicoanalista feminista chilena Lorena Biason (2020), al interrogarse sobre los traumas históricos del pinochetismo en su país, retoma el paralelismo del trabajo de la cura en el análisis individual, con el trabajo de la cultura en el plano colectivo y dice:

El trabajo de cultura requiere una mayor conciencia de Humanidad, cuyas representaciones, como el concepto jurídico de crimen contra la humani-

dad, resulten inscriptas como capital de ideas colectivas e individuales, Y, como mencionaba Freud, al quedar inscriptos por vía de la instancia del yo, estos conceptos hacen posible modificar las metas instintivas de las conductas criminales. Lo más humano de lo humano. Tomando estas ideas es que se hace posible pensar en un nuevo lazo social (Biaison, 2020, p.157).

Creemos que esta es la única vía por la cual la noble consigna del «Nunca más», puede superar la condición de una ilusión y convertirse poco a poco en realidad.

MÁS ALLÁ DEL DESEO DE VENGANZA

Ahora bien, si lo que acabamos de plantear como apertura de otros horizontes para la humanidad es posible, solo el transcurrir de los siglos lo dirá. Mientras tanto, cada uno se ve envuelto en los conflictos de su tiempo y en las pasiones que los alimentan. Es evidente que uno no puede acercarse a los temas que plantea *Las cenizas del cóndor*, sin experimentar una marea interior de violencia que jaquea por su intensidad la posibilidad de pensar. Pero no podemos renunciar a intentarlo, y la construcción narrativa de la propia novela, que no apela abusivamente a lo patético a pesar de lo desmesuradamente cruel de su materia narrativa, me parece un apoyo extraordinario para ello.

El psicoanálisis, que ha teorizado tantas cosas de la mente humana, tiene sin embargo algunas lagunas que deberíamos afrontar. Por ejemplo: ¿qué hay sobre la venganza? Poca cosa en realidad. Es verdad que el concepto no resulta muy prestigioso entre intelectuales, pero en él se basa la primera noción de justicia que conocemos: «ojo por ojo, diente por diente»⁶ Intentemos aclarar el término y algunas de sus connotaciones. La palabra *venganza* tiene su origen en el latín (*vindicare*) y su raíz, *vir*

6 La referencia más común a esta sentencia, conocida como Ley del Talión (del latín, *talis*, idéntico) es del Antiguo Testamento, datable hacia 1445 a.C. (se cita en Éxodo 21:23-25, en Levítico 24:18-20 y en Deuteronomio 19:21.), pero el criterio jurídico ya había sido expresado en el Código babilonio de Hammurabi (1760 a. C.). Su formulación alude a un principio de justicia retributiva: la sanción que se impone debe de ser equitativa y recíproca con el crimen cometido.

(fuerza), es la misma de la cual proviene la palabra violencia. Pero venganza no significa en su origen dañar al que se considera responsable de un daño previo, sino que *vindicar* es la acción del *vindex*, el vengador, y este lo que hace es, *con fuerza (vis)*, *señalar (index)* al culpable. Tal vez la venganza no deba ser necesariamente una réplica del crimen, sino un acto con efecto público que connote el repudio del culpable. Ahora bien, tal vez en el mundo de los ángeles sea posible abstenerse del odio, pero en el de los humanos el deseo de venganza violenta es tan antiguo como la especie. Y aunque se disfrace en relatos imaginarios, estamos muchas veces tomados por el deseo de hacer al otro el daño que nos ha causado a nosotros o a nuestros seres queridos.

Sin embargo, me atrevo a postular que en *Las cenizas del cóndor* se da un paso más allá. En la mitología griega se cumple el *alastor* o destino de sangre; esto es: la serie de crímenes que de generación en generación se repiten en una familia como consecuencia de un crimen original que, al romper el orden, debe ser vengado mediante otro homicidio y este a su vez vengado por otro y así sucesivamente. De esta fuente de sangre nacen las sagas de las antiguas tragedias. La historia de Edipo ilustra lo inútil que resulta oponerse a su inexorable cumplimiento. ¿Estamos, pues, nosotros también atados a un irremediable destino histórico de carácter sangriento, que de tanto en tanto demanda su cuota de muerte y sufrimiento? Tal vez no.

Ya Esquilo, el más humanista de los trágicos griegos, en la *Orestíada*, ofrece una posibilidad diferente. El protagonista de la trilogía, Orestes, ha matado a su madre Clitemnestra para vengar la muerte de su padre Agamemón. Clitemnestra encontró justificación para el asesinato porque su marido había consentido en sacrificar a la hija menor de ambos, Ifigenia, a fin de que los dioses le concedieran el viento necesario para que los barcos de la enorme armada que comandaba pudieran poner proa a los diez años de guerra y los siglos de gloria que le traería la victoria en Troya... Al culminar la trilogía, Orestes es perseguido por las Erinias, furias vengativas que lo acorralan en la Acrópolis. Allí es juzgado, y Atenea, diosa de la sabiduría, transforma el carácter de las divinidades persecutorias convirtiéndolas en las mensajeras de las súplicas que los humanos dirigen a los dioses (Euménides). Si bien no absuelve a Orestes, corta la cadena de venganzas, con lo que simbólicamente se establece un orden de convivencia superior.

Los pueblos arrasados por la guerra o el terrorismo de Estado se enfrentan siempre a dilemas de este tipo. Por eso los «testigos no íntegros», un coro de millones de ciudadanos en esta tragedia latinoamericana contemporánea, aunque no podremos seguramente lograr justicia plena, podemos al menos tratar de escapar al mandato implacable de la venganza y el odio, a la reproducción infinita de la violencia, a la deslegitimación sistemática de las instituciones. Entender, aprender, transformarnos, prevenir... construir una subjetividad más compleja y civilizada. La tarea es, ni más ni menos, intentar elaborar un trauma colectivo. Trabajo de cultura, según decíamos antes.

René Girard, uno de los críticos shakesperianos que más ha estudiado la dimensión política y moral en las obras del gran dramaturgo, ha dicho:

Pese a todo lo que se diga, hay algo excepcional en la aptitud de la cultura moderna para contemplar el homicidio colectivo en su verdad, en otras palabras, para interpretar los 'efectos chivo expiatorio' como fenómenos sociopsicológicos en vez de como epifanías religiosas... (Girard, 1995, p. 378)

El lento, y a veces zigzagueante proceso cultural que ha venido desligando las acciones humanas de los mandatos divinos, reubica las responsabilidades morales y nos muestra en el espejo un rostro que no quisiéramos ver. Si procuramos detallar más este enfoque descriptivo, las aproximaciones comprensivas serán necesariamente interdisciplinarias. Desde nuestro lugar de psicoanalistas, como teóricos de la subjetividad humana, partiendo de la base de que esta no es nunca un producto puramente individual, cabe preguntarse: ¿Qué función cumple el deseo de venganza en nuestra economía psíquica?

Kancyper sostiene que el rencor ofrece la ilusión inconsciente del control omnipotente sobre el objeto odiado (Kancyper, 2010). Pero hay un inconveniente: este mecanismo defensivo le concede presencia psíquica al enemigo y en tanto no podamos elaborarlo, aún le da poder. En nuestro contexto histórico posdictadura, que es también el de la novela y el del novelista, podemos decir que los criminales son conscientes de ese poder. Por eso no quieren negar lo que hicieron ni pedir perdón, porque la grandeza del asesino consiste en ser un gran asesino. No puede esperarse más

que sigan siendo coherentes con lo que siempre fueron: dominados por una suerte de narcisismo maligno, solo pueden ensayar la manipulación psicopática de los hechos (Manuel Laguarda, 2020) y ofrecer un ejemplo engeguedor de la desmentida. No pueden ni quieren negarlo todo, porque solo exhibiendo un indicio de lo que son y han sido capaces de hacer alientan la ilusión de mantener algo de un poder que solo reconoce la lógica del dominio o la sumisión. Pero, a la vez, no quieren ni pueden decirlo todo, reconocerse criminales y aceptar que haya una institución de justicia superior que pueda condenarlos con razón. Se presentarán siempre como víctimas de una venganza política judicializada, ejercida en nombre de una sociedad malagradecida que les lleva cuenta de los delitos, pero no les reconoce que estuvieron en posición de hacerlo aún peor.

Las cenizas del cóndor dejarán de arder cuando se deje de soplar sobre ellas para intentar dispersarlas en la niebla de una guerra que nunca existió, o para atizar sus brasas con la sorda expectativa de una venganza que solo puede rebajarnos a ser como ellos.

CONCLUSIONES Y APERTURAS

Si como dijo W. Baranger «el trauma tiene su propia memoria» (Baranger, 1987, p. 771), hay que decir también que esta memoria afecta, naturalmente, la representación del pasado; pero sobre todo compromete la ideación de un futuro posible. El sujeto quiere conjurar el daño anterior, pero al mismo tiempo, y dado que lo característico de lo traumático es la vivencia de la repetición inminente, queda, como dice Kancyper, condenado a ser «un centinela varado en su puesto» (Kancyper, 2010, p. 163). Repetir, o recordar para elaborar, he aquí una vez más la bifurcación psíquica que define el destino de la memoria. Por un lado, la permanencia consciente del odio puede ser funcional a la fantasía inconsciente de mantener controlado al objeto amenazante, a costa de conservarlo mentalmente presente de manera indefinida. Pero, por otro lado, la negación, defensa implícita en la apelación a *mirar para adelante y olvidar el dolor*, tantas veces oída en nuestro país como defensa del voto para confirmar la ley de caducidad (el voto amarillo), nos deja a merced del mal, sin aprendizaje y sin reparación, y, como enseña el psicoanálisis, sin que desaparezca a nivel inconsciente.

En ninguno de los dos polos hay elaboración. Los psicoanalistas ayudamos a destejer historias personales para volver a entramarlas en formas más cohesionadas y vitalmente útiles. Los novelistas pueden, incluso más que los historiadores, ayudar a la sociedad a hacer otro tanto con su historia colectiva. Y Fernando Butazzoni nos hace este servicio, bajo la forma de gran literatura. ♦

RESUMEN

El terrorismo de Estado ha dejado huellas traumáticas en nuestras sociedades latinoamericanas. La novela de Fernando Butazzoni (2014) *Las cenizas del cóndor*, basada en hechos reales, nos permite indagar sobre los mecanismos subjetivos de sobrevivencia y sobre las posibilidades de elaboración de los traumas individuales y colectivos, aun cuando la obtención de justicia y el conocimiento pleno de la verdad resulten escamoteados. Los acontecimientos de la historia reciente interpelan al psicoanálisis acerca de algunos aspectos de la condición humana, particularmente sobre si es posible trascender el deseo de venganza y evitar la perpetuación de la violencia latente.

Descriptor: LITERATURA / MEMORIA / TERRORISMO / VIOLENCIA / TRAUMA / VENGANZA / SOBREVIVIENTE / OTRO / CRUELDAD / EL MAL / HISTORIZACIÓN / TORTURA

Obra-tema: Las Cenizas del Cóndor, Butazzoni, F.

ABSTRACT

The state terrorism has left traumatic traces in our Latin American societies. Fernando Butazzoni's novel (2014) *Las cenizas del cóndor* «The ashes of the condor», from its title in Spanish], based on real events, allow us to inquire about survival subjective mechanisms and the possibilities of

elaboration of individual and collective traumas, even though when justice acquisition and complete knowledge of the true turn out to be whisked away. The events of recent history question psychoanalysis about some aspects of the human condition, especially whether it is possible to go beyond the desire for revenge and avoid perpetuation of latent violence.

Keywords: LITERATURE / MEMORY / TERRORISM / VIOLENCE / TRAUMA / VENGEANCE / SURVIVOR / OTHER / CRUELTY / EVIL / HISTORIZATION / TORTURE
Work-subject: Las Cenizas del Cóndor, Butazzoni, F.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baranger, W. (1987). El trauma psíquico infantil de Freud a nosotros. *Revista de Psicoanálisis*, 44(4), 745-774.
- Barquet, P. (2019, mayo 5). Gavazzo y el traidor del PVP que desató la matanza. Entrevista en el diario *El País* de Montevideo. Recuperado de: <https://www.elpais.com.uy/que-pasa/gavazzo-traidor-pvp-desato-matanza.html>
- Bayard, P. (2009). *¿Se puede aplicar la literatura al psicoanálisis?* Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, J. (1996). *Lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Biason, L. (2020). ¿Qué podemos aprender de la violencia política y social de Chile? Entrevista en *Equinoccio, Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 1(1).
- Bilder, M. (2013, agosto). El estatuto del sobreviviente testigo en G. Agamben: algunas problematizaciones. Trabajo presentado en las *IX Jornadas de Investigación del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de La Plata*. La Plata, Argentina.
- Butazzoni, F. (1986). *El tigre y la nieve*. Montevideo: Banda Oriental.
- Butazzoni, F. (2014). *Las cenizas del cóndor*. Montevideo: Planeta.
- Chodorow, N. (2003). *El poder de los sentimientos*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1988). *Obras Completas: Vol. 1. Correspondencia con Fliess. Carta 71 del 15/10/97*. (1892-99). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1988). *Obras Completas: Vol. 9. El creador literario y el fantaseo*. (1908). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1988). *Obras Completas: Vol. 21. El malestar en la cultura*. (1930). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1988). *Obras Completas: Vol. 14. Nuestra actitud hacia la muerte*. (1919). Buenos Aires: Amorrortu.
- Girard, R. (1995). *Shakespeare, los fuegos de la envidia*. Barcelona: Anagrama.
- Gómez Mango, E. (2005). Poesía y psicoanálisis. En *Psicoanálisis y literatura*. Montevideo: APU.
- Green, A. (2014). ¿Por qué las pulsiones de destrucción o de muerte? Buenos Aires: Amorrortu.
- Kancyper, L. (2010). *Resentimiento terminable e interminable*. Buenos Aires: Lumen.

- Laguarda, M. (2019, mayo 6). Intervención en *La Tertulia*, espacio del programa radial *En Perspectiva*, a propósito de la entrevista a José Gavazzo en el diario *El País*. Recuperado de: <https://www.enperspectiva.net/home/motivaciones-contradiccion-perfil-psiquiatrico-jose-gavazzo-manuel-laguarda/>
- Mackal, P. K. (1979). *Teorías psicológicas de la agresión*. Madrid: Pirámide.
- Najmanovich, D. (2019). De la pedagogía de la crueldad a la ecología del cuidado. Conferencia dictada en el *X Congreso de FLAPPSIP Figuras actuales de la violencia. Retos al psicoanálisis latinoamericano*. Montevideo, Uruguay. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=_kghQRzBZKM
- Sanmartín, J. (2002). *La mente de los violentos*. Barcelona: Ariel.
- Viñar, M. (2019, abril 17). El voto verde tres décadas después. En semanario *Brecha*, Número 1743. Recuperado de: <https://brecha.com.uy/el-voto-verde-tres-decadas-despues/>
- Viñar, M. (Comp.) (1998) *¿Semejante o enemigo? Entre la tolerancia y la exclusión*. Montevideo: Trilce.
- Zaltzman, N. (2007). *L' esprit du mal*. París: Éditions de l' Olivier.